

por esta vez toda seguridad de que se evitaría el abuso. Por lo tocante á las annatas, no había motivo alguno para levantar una querrela contra el Papa, pues no se habían pagado sino una vez en la vida de cada prelado, mientras que, según Derecho, todos los poseedores de iglesias y beneficios estaban obligados á satisfacer anualmente al Papa la décima parte. Tampoco había razón para quejarse de los oficios nuevamente establecidos, pues tales medidas á nadie perjudicaban sino al mismo Papa, el cual cedía una parte de sus ingresos á los Colegios de los oficiales instituidos de nuevo. Al reproche referente á las expectativas y reservas, se contesta, que todas estas cosas han sido usadas en Roma ya desde tiempo inmemorial, y que el actual Pontífice ninguna cosa nueva ha introducido en esta materia. Con la misma sencillísima solución, se resuelven las quejas relativas á las reglas de Cancillería y á la concesión de beneficios á extranjeros. Por lo que toca á la derogación del patronato de los legos, el Papa actual se ha mostrado en este punto mucho más parco que sus predecesores. En lo referente á la violación del concordato, se invitaba á señalar en qué puntos había dejado de observarse; salvo por motivos justos y honestos, y cediendo á ruegos del Emperador, nunca se había infringido en cosa alguna. «Otras desacostumbradas querrelas, quería el Papa contestarlas de buena gana; pero le era imposible permitir que se estableciese en esto un prejuicio contra la libertad de la Santa Sede, por sólo dar gusto á la muchedumbre imprudente y fácil en dejarse seducir. Al final se insistía de nuevo en la importancia de la guerra contra los infieles, y se amonestaba á los Legados á que pusieran en práctica todos sus recursos para inclinar á los Príncipes y á los Estados al pensamiento de la cruzada; es menester que refuten las injustas quejas, y aseguren que el Papa está preparado, no sólo á sacrificar por aquella santa causa las annatas y todos los demás fondos, sino aun su propia vida (1). Al cardenal Cayetano se le escribió á 3 de Octubre, que no abandonara la corte del Emperador mientras no se hubiese desvanecido toda esperanza de conseguir algún resultado (2).

Podemos dejar que otros discutan si, lo mismo Roma que el

(1) *Respondet Summus Pontifex legatis in Germania ad decretum Imperii Aug. Hállase una copia en el Cod. Vat. 3917, f. 6-8^b. *Biblioteca Vaticana*. Cf. Ulmann II, 720-721.

(2) Manosc. Torrig. XXIV, 18-19, cf. 22.

Emperador (1), hicieron sólo semblante de no estar descontentos con el resultado de la Dieta, ó si «realmente estaban enteramente contentos en lo principal» (2). La verdad es que todavía se alimentaban entonces ciertas esperanzas, principalmente por cuanto el emperador Maximiliano ratificó en seguida la tregua de cinco años y dió asimismo otras seguridades respecto de la guerra contra los turcos (3). Todas estas cosas tenían conexión con los conatos del Emperador de procurar á su nieto Carlos la sucesión en el Imperio.

Cada día se ponía más en primer término esta importante cuestión, y para ganar el favor del Papa en aquel negocio, así Maximiliano y Carlos, como también su rival Francisco, hicieron valer siempre, entre otros muchos motivos, su propensión y particular aptitud para dirigir la guerra contra los infieles. Por parte de Francisco I, es cierto que todos aquellos ofrecimientos no eran sinceros (4), por más que protestara con toda solemnidad, que, si llegase á ser Emperador, en el término de tres años había de apoderarse de Constantinopla ó perder la vida en la demanda (5). Más sinceras parecen haber sido las intenciones de Carlos (6). En un escrito, por demás sumiso, de 20 de Noviembre, aseguraba al Papa, querer consagrar todas sus fuerzas á aquella grande empresa (7); pero era muy cuestionable si el joven soberano se hallaría en situación de cumplir sus generosas ofertas. La oposición, hondamente arraigada, del clero español contra el pago del diezmo para la guerra de los turcos (8), y las muchas

(1) Ulmann, II, 720.

(2) Esto cree Kalkoff, *Forschungen*, 109.

(3) Cf. Kalkoff, *Forschungen* 129 s.

(4) Cf. Imbart de la Tour I, 95.

(5) Ranke, *Deutsche Gesch.* I^o, 366. Cf. Zinkeisen II, 603. Á pesar de todas las protestas de su celo por la cruzada, Francisco I no hizo nada más que enviar una flota contra los corsarios, para disponer favorablemente al Papa en el negocio de la elección de emperador; v. Zinkeisen II, 603-604 y Raumers, *Histor. Taschenbuch* 1856, 570.

(6) Sobre las negociaciones con Carlos en el asunto de la cruzada, en las que hubo grandes dificultades desde el principio por causa del dinero, cf. Manosc. Torrig. XXIII, 416, 418; XXIV, 8, 209, 220.

(7) La carta, fechada en Zaragoza á 20 de Noviembre de 1518 (publicada por Sanuto, XXVI, 268 ss.), estaba en Roma el 3 de Diciembre (ibid. 250). Después se expidió un *breve laudatorio á Egidio legato, fechado en Roma, á 12 de Diciembre de 1518. Arm. XLIV, t, 5, f. 161. *Archivo secreto pontificio*.

(8) Cf. La Fuente V, 107 ss. y Hefele-Hergentröther VIII, 751. V. también Manosc. Torrig. XXVI, 198.

otras dificultades que por todas partes se oponían á Carlos, debían deprimir profundamente las esperanzas aun de personas tan grandemente optimistas como era el legado español Egidio Canisio (1). A todo esto se agregaba ahora el asunto de la elección que imponía á Carlos los mayores sacrificios que imaginarse puedan, precisamente en materia pecuniaria. También la diplomacia romana se vió en breve de tal manera absorbida por la cuestión de la elección, que el asunto de la cruzada se relegó casi completamente á segundo término (2).

(1) Cf. la carta característica de Canisio de 10 de Agosto de 1518, publicada por Ulmann, Studien 95 s. Canisio no volvió á Roma, hasta el verano de 1519, en 6 de Julio, era recibido en un público consistorio. Paris de Grassis en Delicati-Armellini, 74.

(2) Hungría concertó un armisticio de tres años con el sultán (Theiner, Mon. Hung. II, 626 ss). León X recibió esta noticia, precisamente cuando los embajadores húngaros pedían ayuda para la cruzada! (Cf. Fraknói Werbőczy Istuan, Budapest 1894.) También en Roma el negocio de la cruzada estaba ahora tan sin esperanza alguna, que León X en un documento oficial, en un *Breve á los voivodes de Valaquia, hablaba de la posibilidad de que la curia ajustase una conventio con los turcos. V. el **Breve, fechado en Roma, 3.º Non. Junii (3 de Junio) de 1519, en Regest. 1199, f. 362 del *Archivo secreto pontificio*. Después, la temprana é inesperada muerte del sultán Selim I (21 de Septiembre de 1520), no contribuyó menos á hacer enfriar completamente en todas partes el ardor por la cruzada (Zinkeisen II, 611). Al sucesor Solimán I, se le tenía generalmente por un soberano amante de la paz, que no pensaba en guerras. También León X participaba de esta opinión. Debemos dar gracias, escribía en 6 de Diciembre de 1520, por esta alegre noticia, y tanto más, cuanto que de parte de los príncipes cristianos no se puede conseguir para la común utilidad, más que vanas esperanzas y vacías promesas (Bembi epist. XVI, 25). El desengaño no se hizo esperar por mucho tiempo. En Junio de 1521 emprendió Solimán su gran campaña contra Hungría; en 28 de Agosto de 1521 cayó en sus manos la ciudadela de Belgrado (Huber III, 523). León X, envuelto entonces en la guerra con Francia, ayudó con todo á Hungría con importantes sumas de dinero. Según Fraknói (*Magyarország egyházi és politikai összekötetései a római szentszékkal II, 1418-1526, Budapest 1902, 329*), quien cita al embajador veneciano, subió á la suma á 30000 ducados. Según Tizio, *Hist. Senen., fueron 24000 aurei. Cod. G II, 39, f. 47. *Biblioteca Chigi de Roma*.

CAPÍTULO VI

León X y la sucesión al trono imperial.

Ningún período del reinado del Papa Médici ha sido tan discutido y diferentemente apreciado, como su actitud en la cuestión de universal interés, de la sucesión al trono del Imperio. La dificultad de determinar con exactitud la política de León X, con todas sus dilaciones y rodeos, vacilaciones y variaciones, é investigar los verdaderos motivos y fines de ella, tan cuidadosamente mantenidos en secreto, es especialmente grande en lo que á este período se refiere. A pesar de todo, los documentos que nos ofrecen materiales, aunque no sin lagunas, harto copiosos sin embargo, nos permiten conocer con regular claridad lo substancial de la conducta del Papa. Indudablemente parece errónea, en particular cuando se estudian las fuentes con cuidado, la opinión sostenida por mucho tiempo, de haberse León X dejado guiar en este asunto, por miras puramente nepotísticas (1). Por el contra-

(1) Esta opinión la ha defendido Baumgarten (*Politik Leos X. 555 s., 566, y Karl V. I, 122, 128, 130*), quien, por lo demás, refuta felizmente la idea sostenida por de Leva, Rösler y Maurenbrecher, de que León X en realidad de verdad favoreció desde el principio la elección definitiva del de Habsburgo, y sólo en apariencia apoyó á Francisco I. La exposición que hace Baumgarten de los motivos de León X, es refutada tan sólidamente por Nitti (cf. especialmente 225 s. not.), que el mismo impugnado tuvo que confesar, que había exagerado demasadamente el influjo de las consideraciones de familia en la política de León X (*Deutsche Lit.-Ztg. 1893, 14*). Ya antes había ponderado con razón Voltelini (584), que Baumgarten juzga á León X con demasiada acritud; más aún se puede decir esto de Brosch (I, 56 s.). Pero no se puede negar, que